

La máquina de moler carne. Notas biopolíticas para comprender la reforma del sistema de justicia adolescente

Javier Agüero Águila¹

Es sólo en términos de negación que hemos conceptualizado la resistencia. No obstante, tal y como usted la comprende, la resistencia no es únicamente una negación: es proceso de creación. Crear y recrear, transformar la situación, participar activamente en el proceso, eso es resistir.
(Michel Foucault. Dichos y escritos)

Resumen

La intención del presente artículo, orbita en torno a comprender la Reforma de la justicia adolescente y su instalación dentro de la dinámica social chilena, a partir de claves teóricas vinculadas a la biopolítica. En esta perspectiva se considera, inicialmente, que dicha política pública excede por mucho su naturaleza estrictamente jurídico/penal, desplegándose en el cuerpo social como un agenciamiento sistémico relativo al control y la represión de los denominados jóvenes infractores de ley. La biopolítica y particularmente el trabajo de Michel Foucault, resultan los ejes centrales sobre los cuales se funda la pretensión de este análisis, en tanto se comprende a la Reforma misma, como un dispositivo del biopoder que se apropia de las trayectorias vitales de los jóvenes infractores desde mucho antes de su condición penal formal, sometiéndolos a tratamiento por parte del Estado desde que inician la aventura social de la marginalidad.²

Palabras clave: Foucault, biopolítica, biopoder, RPPA, dispositivo, jóvenes infractores de ley.

Abstract

The goal of this article is understand the adolescent justice reform and its installation within the Chilean social dynamics, from theoretical keys related to

¹ Chileno. Sociólogo Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Magister en Filosofía mención axiología y filosofía política por la Universidad de Chile. Docente Escuela de Sociología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E mail: eagüero@academia.cl

² El autor agradece especialmente las contribuciones de la Socióloga Clemencia González Tugás, quien aportó de manera relevante con consejos para la redacción y edición de este artículo, así como con ideas ejemplificadoras que permitieron ir contrastando las argumentaciones.

biopolitics. In this perspective, it is considered, initially, that the public policy far exceeds the purely legal / criminal, unfolding in the social body as an arrangement on the control systems and suppression of so-called young offenders. Biopolitics and particularly the work of Michel Foucault, are the cornerstones on which the claim is based on this analysis, as we view the Reformation itself, as a bio-power device that takes over the life trajectories of young offenders long before formal criminal status, subjecting them to treatment by the state since the adventure begin social marginality

Keywords: Foucault, biopolitics, biopower, Adolescent justice reform, device, young offenders.

I

El marco general donde se instala la reforma de la justicia adolescente, responde a un despliegue y lógica social más amplia que la sola determinante jurídica que debiera estar en la base de su formulación.

Así, la justicia como fenómeno o hecho social, se instala en la dinámica societal excediendo su sola determinación técnica o, en este caso, procesal-penal relativa a los jóvenes. En esta perspectiva, es pertinente señalar que la forma en que la justicia adquiere su dimensión discursiva, sistémica y orgánica, se entiende en la sociedad chilena como el predominio de una lógica de control y represión. Esta dinámica estaría dispuesta como un agenciamiento constante del control y la represión misma, para resolver problemas socio-culturales de orden estructural que no significan como tales, sino que, efectivamente, se judicializan e instrumentalizan a través de un protocolo legal y sistémico que no se haría cargo de las debilidades y deudas históricas hacia un sector de la población al que podríamos denominar vulnerable. La sociedad del control en esta línea, se traduce en orientaciones de política criminal que inciden en la práctica judicial en general y respecto del sistema de justicia juvenil en particular (agenda corta) ejerciendo presión hacia un número creciente de jóvenes encausados y encarcelados.

Este desplazarse por encima de las implicancias estructurales que configuran a fin de cuentas la cuestión social en la sociedad chilena actual, resulta una variable al mismo tiempo configurativa del accionar de los actores del sistema. En esta dirección, planteamos que la lógica y predominancia del control en nuestro país, se despliega como un velo que recubre a través de los diferentes circuitos procedimentales y sistémicos, una estructura social e institucional que deslocaliza los principales problemas sociales. En este caso, en lo relativo a los niños y jóvenes de sectores pobres que, al final del día, son la carne que legitima y construye a la máquina en cuestión.

Como se ha sostenido, lo que ocurre es que se operativiza y codifica a través de un protocolo legal-formalista, lo que son las debilidades fundamentales de una sociedad e institucionalidad que desconoce, en su propio despliegue, el borde social, esto es, los niños y jóvenes de sectores excluidos, capturándolos a partir de un poder que no opera sólo sobre su presente infractor, sino que a lo largo de toda su trayectoria vital. Es desde aquí entonces, donde el sistema de justicia adolescente reformado (en adelante SJAR) comienza a configurarse como un dispositivo³ de biopoder desprendido de la estructura biopolítica y, al mismo tiempo, la emergencia de Michel Foucault como marco teórico de análisis.

³ El término dispositivo es explicado por Michel Foucault de la siguiente forma: “*Lo que trato de indicar con este nombre es, en primer lugar, un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, éstos son los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos*”. Se entenderá entonces en este artículo, a el SJAR a partir de esta definición (Foucault, 1994).

II

La noción de biopolítica acuñada por Michel Foucault en los años 70, ha revelado al interior de la filosofía política y de las ciencias humanas en general, un hecho indiscutible. Tal es, que las trayectorias vitales de los individuos, sus mismas existencias, pasarán a estabilizarse como el espacio capital de las luchas políticas, ergo, del poder. En la misma perspectiva, con dicho autor se confirma el argumento de que la entrada de la vida en la historia, tiene que ver con el surgimiento del capitalismo (Foucault, 1978-1979). Según Mauricio Lazzarato, este fenómeno de identificar en los procesos vitales la dimensión específica de las pugnas políticas, resulta cuando menos una novedad radical en la historia de la Humanidad (Lazzarato, 2000). En esta línea entonces, es posible sostener que los mecanismos y dispositivos del biopoder que se desprenden de la biopolítica como sistema general, se explican como un fenómeno de la modernidad tardía o posmodernidad, en tanto el poder, históricamente, no habría reconocido a los cuerpos –o a lo viviente– como foco específico de su ejercicio⁴.

Lo que resulta relevante en esta perspectiva desde la óptica de Foucault, es que si efectivamente el poder pretende tomar a lo viviente como soporte de su despliegue, al autor francés le interesará la forma en que el cuerpo o la vida resisten y cómo, desde esta misma condición de resistencia, se comienzan a generar formas de subjetivación que serían negadas al impacto de los biopoderes. En otras palabras, la resistencia operaría de manera paralela a procesos de internalización de los biopoderes por parte de los cuerpos, los cuales, en esta misma internalización, articularían potenciales rutas para blindarse a los efectos de la biopolítica propiamente tal. Esto, sin embargo, será tratado con mayor profundidad en la parte final de este artículo. No obstante, es necesario sostener que la entrada de la vida en la historia, representa para Foucault la posibilidad de repensar una nueva ontología del cuerpo y el desplazamiento de un sujeto de derechos a un sujeto ético. Esto es, invertir los valores de la modernidad y del contrato social a favor de una bioética singular cercana a la subversión⁵. Lo ético en esta dirección, se adhiere a lo que pretendemos denominar *principio o axiología de la inversión*, es decir, resistir es –en principio– internalizar para alterar. De esta forma, se obtura el circuito del biopoder en tanto adjudicación forzosa del control y se le valida desde la resistencia.

En esta perspectiva, resulta cuando menos inquietante asumir que el resistir es un potencial desprendido de la biopolítica misma en su ejercicio. No hay resistencia posible sin biopoderes al acecho; no habría hermenéutica del sujeto sin la tácita consideración de hacerse susceptibles al control. Sólo entonces a la biopolítica se le revela su naturaleza.

⁴ Es importante aclarar que las lecturas relativas al poder, que se derivan de la noción de biopolítica de Michel Foucault, tienden a distanciarse del concepto de poder explicado por este autor en, por ejemplo, *Vigilar y Castigar*. En esta última obra, Foucault entiende al poder y a su despliegue como un accionar jerárquico, es decir, que se le atribuye directamente al sujeto a partir de diferentes mecanismos, frente a los cuales el sujeto mismo es consciente y atento. El biopoder en cambio, se estructuraría y diseminaría, a partir de una lógica difusa, invisible para quien experimenta su impacto (Foucault, 2007).

⁵ Por cierto que el desplazamiento foucaultiano de un sujeto de derechos a un sujeto ético, le ha valido ser blanco de crítica ideal para los filósofos y pensadores del estado de derecho. Entre ellos Jürgen Habermas, quien ve en Foucault una amenaza radical a la ética de la comunicación y de los valores impuestos por la modernidad (Habermas, 2008).

Convengamos entonces, que la incorporación de la vida como espacio sustancial de las luchas por el poder, es un acontecimiento decisivo que radicaliza y altera los valores atribuidos a la modernidad misma. En esta línea se entenderá, que la biopolítica marca una transformación radical de las categorías políticas y filosóficas del pensamiento clásico. Es en esta ruta que se pretende comprender los alcances y significaciones de el SJAR, esto es, entenderla como un dispositivo de biopoder que actúa sobre los cuerpos y más específicamente sobre las existencias o trayectorias vitales.

Cómo sostiene Mauricio Lazzarato: “*la biopolítica es la forma de gobierno de una nueva dinámica de las fuerzas que expresan entre ellas relaciones de poder que el mundo clásico no conocía*” (Lazzarato, 2000). Esta idea podría identificarse como el argumento fundante de la biopolítica. El poder ya no encuentra su fuente de legitimidad en una razón externa –de Estado o divina– sino que debe salir a conseguir su validez en la sociedad. De esta manera, la legitimidad le viene en ascenso, desestimando en este axioma todo valor trascendental facultativo de legitimidad nuevamente. Si el fundamento del biopoder deambula difusamente en la sociedad, y ésta se conforma de cuerpos, es entonces la vida quien se estabiliza como foco del poder en esta línea. En la biopolítica, el poder no viene dado sino que es necesario generar las condiciones de posibilidad para su fundación y reproducción permanentes. Entonces, el SJAR debió considerar el espacio social –y los cuerpos que lo constituían– previamente a su estructuración sistémico-fáctica. Desde una mirada biopolítica, es en el borde social excluido y marginado donde esta reforma capturó su fuente de legitimidad. Es por esta razón que un porcentaje cercano al 100% de los usuarios del sistema resultan ser jóvenes pobres de sectores vulnerables (Hoecker, 2009).

Si nos detenemos en este último punto, es posible añadir que el SJAR, en su condición de biopoder, se enquista en lo social, pero no en la totalidad de lo social mismo, sino que en aquel amplio y significativo intersticio en donde la resistencia parece más subjetivada y por lo mismo más peligrosa. Nadie reconoce mejor la intención del biocontrol, que el borde social en donde este último legitima su preponderancia. En otras palabras, la biopolítica a través de su dispositivo de biopoder –SJAR– identifica en los jóvenes pobres una poderosa plataforma de resistencia para su ejercicio, fenómeno que le exige al biopoder en esta línea, generar alternativas de control y captura para neutralizar ese espacio social donde se subjetiva, resiste y hace emerger al poder nuevamente.

Michel Foucault apuesta como tesis central en su *Historia de la Locura*, que esta última no es un fenómeno relativo a causas biológicas sino que se despliega como una construcción social (Foucault, 2006). Todo lo relativo al loco, es efecto de una modernidad que clasifica, pondera y al mismo tiempo margina, estimando sólo aquello que le es útil para su consolidación. El SJAR en esta misma dirección, tiende a naturalizar el espacio social donde concurrirían los delinquentes jóvenes, articulando desde esta misma naturalización, todas las posibilidades pertinentes para su estructuración sistémica. Sin embargo, apostamos siguiendo a Foucault, que la marginalidad, al igual que la locura, es una construcción, en donde arbitrariamente se ha decidido dejar fuera lo que no es parte de la escritura histórico/formalista –no habría una ontología de la marginalidad–. El punto, es que en este marginar se crean las posibilidades para que a la biopolítica en sus diferentes formas le ascienda legitimidad, pero, también, esta escritura de lo

sistémico generará otra, una bizarra y resistente que amenazará, generando un plexo sustantivo de subjetivaciones, al poder de la vida⁶.

III

Cabe señalar que la biopolítica no se presenta como un mega-poder focalizado en controlar la gran estructura social; menos como un Estado omnipresente desplegado en forma de panóptico (Lazzarato, 2006). Su movimiento y forma coactiva se aplica molecularmente; apunta a manipular los singulares intersticios que configuran las existencias de los individuos, aplicándole una multitud de dispositivos técnicos destinados a gestionar la vida y transformarla en útil y al mismo tiempo validante para la biopolítica.

Todo lo anterior, se filtra a través de una gran maquinaria institucional que se encarga de distribuir las variantes del biopoder. La institucionalización de grupos e individuos para gestionar sus fuerzas y dotarlos de finalidades, es un objetivo de la biopolítica, en tanto ésta sólo se comprende en su accionar sobre la trayectoria vital de los individuos. Si insistimos, nos damos cuenta que los biopoderes no persiguen una anulación del sujeto en tanto su implicancia social, sino generar en él un tipo de movimiento y voluntad hacia los intereses de la biopolítica. Se le atribuyen metas y finalidades a su existencia, todas ellas objetivos que, de darse, nutren al poder y sus derivaciones.

La máquina del biopoder (SJAR) en esta dirección, actuaría sobre los procesos de vida de los jóvenes infractores para controlarlos y modificarlos. El tipo de movimiento que se persigue entonces, es centrípeto, hacia el poder mismo, lo que tendería a explicar la falta de especialización de el SJAR. Las investigaciones realizadas en esta línea, demuestran que una de las grandes debilidades del nuevo sistema penal adolescente, radica en que su orgánica y aplicación no responden a una lógica autónoma o especializada, pensada desde y para los niños y jóvenes infractores de ley (Hoecker, 2009). Lo que emerge más bien, es un sistema que funciona a partir de las implicancias y determinantes del sistema de adultos, en donde los actores involucrados –fiscales, defensores, jueces de garantía, etc.– deambulan en ambos sistemas, aplicando criterios legales que posiblemente se sobrepongan unos con otros dependiendo del sistema particular.

El dispositivo biopolítico que es el SJAR, no está organizado desde las necesidades de los niños y jóvenes sino desde la reproducción de las instituciones que los atienden. Se aprecia una urgencia por reposicionar sistemáticamente la pertinencia de los diversos agentes institucionales, desestimando en este ejercicio, la centralidad de los sujetos que hoy son considerados infractores formales de ley desde los 14 años. La falta de especialización entonces, no sólo se contempla en la ausencia de actores estrictamente dedicados a la justicia adolescente, sino que, además, en la supremacía de una lógica de sobrevivencia institucional, la que necesita para estos efectos, obviar al sujeto penal joven como objetivo y

⁶ Algo similar se puede apreciar en el ámbito educacional con el fenómeno de la deserción escolar. En este contexto, se culpa al alumno de desertor y de ser responsable de su no escolarización. Sin embargo, desde la óptica de Foucault, no sería un alumno desertor sino un sistema expulsador que estimula, él mismo, la deserción, para encontrar en ella la legitimidad de políticas públicas o de principios como la reescolarización.

principio de su orgánica, considerándolo sólo como carne útil para el establecimiento de su propia existencia institucional en esta línea.

La bipolítica entonces, a través de sus dispositivos, plantea su potencial gobierno *en* la vida de los individuos, no fuera de ella ni ajena a su trayectoria. El poder en esta línea, está configurado para gestionar el campo de acción del otro, monitorear sus movimientos y atraerlos, en un gesto legitimante, hacia el poder nuevamente. Foucault señala en *Dichos y Escritos*: “Creo que es necesario distinguir entre relaciones de poder como juegos estratégicos entre libertades –que hacen que unos traten de determinar la conducta de los otros, a lo que responden procurando no dejar determinar su conducta, o tratando, como respuesta, de determinar la de los otros– y los estados de dominación, que son eso que de ordinario se llama el poder” (Foucault, 1994). El poder entonces, no se ejerce unilateralmente, sino que se disemina al interior de un campo de voluntades antagónicas, estrechando intereses y articulando tensión entre ellos. Es un campo de batalla; táctica y estrategia que en su mismo circuito instrumental favorece el establecimiento de los biopoderes.

Si desplazamos las anteriores implicancias de la bipolítica al terreno de el SJAR, se podría convenir que la tensión generada entre este dispositivo y los niños y jóvenes denominados infractores de ley, es una condición adherida a la bipolítica misma. El SJAR busca dotar e imprimir finalidades en la vida de los individuos caracterizados como delincuentes, aplicarles metas y constreñir su marginalidad. Estos, al resistir, se proponen como agentes configuradores del campo del poder, intentando evadirlo dentro de la disputa propiamente tal. Aparece entonces, el sujeto ético, ese que reconoce las alternativas a las cuales se enfrenta. Se puede resistir y éticamente optar por la marginalidad que se le ha construido, o bien tomar los caminos que el dispositivo, esta vez en su variante de política pública, le ofrece. Entran al juego en esta línea, los autorreferidos objetivos de el SJAR: reinserción, rehabilitación, principio socioeducativo, responsabilización, etc. Se refrenda entonces el axioma de que la bipolítica, a través de sus dispositivos, no persigue extinguir ni favorecer una desaparición de los sujetos a los que considera el soporte de su legitimidad, sino que los coopta y promueve -a través de variantes institucionales y políticas- a su propia trinchera, estimulando su validez y proporcionando la carne necesaria para el andamiaje de la máquina de biopoder.

Todo lo anterior hace que el poder se inocule, se haga difuso y no especializado. No tendría arraigo, sino que se disemina sin ser visto en un axioma casi metafísico. El SJAR en esta perspectiva, traduce el biocontrol en facetas coactivas que parecen “*amigables*”. No son las tradicionales formas en que el poder se distribuye y coordina para aplicarse como ocurre en, por ejemplo, *Vigilar y Castigar* (sanción normalizadora, examen, etc.), es una dinámica instrumental y reflexiva que se ajusta a las singularidades de los sujetos infractores, mostrándoles el “*buen camino*” y las alternativas que existen para abandonar el desvío y dejar de ser *extraños*. Sin embargo, los procesos de subjetivación inherentes y necesarios a los biopoderes, hacen que estos *extraños* resistan, desde su aceptar, las reglas que se les imponen. No se deja de resistir por adherir al formato del biopoder, por el contrario, es una respuesta ética a las consideraciones y determinantes que el poder acuña para su legitimación. Foucault sostiene en *El nacimiento de la bipolítica*: “*La gubernación*

mentalidad no debe de plantearse únicamente cuáles son los mejores medios para conseguir sus efectos (o al menos los menos costosos), sino que debe de cuestionar la propia posibilidad y legitimidad de su proyecto de alcanzar sus objetivos” (Foucault, 1978-1979). Entonces, lejos de pretender validarse desde el ejercicio de un poder directo, sobre los individuos, el poder mismo debe cuestionar y sofisticar su despliegue, manifestándose heterogéneamente en cápsulas de control que no anulan sino que anexan. Nuevamente aparecen en este marco de análisis, los objetivos resocializadores de el SJAR.

Si el biopoder pretende intervenir los procesos de vida y, de esta manera, promover un movimiento voluntario hacia el poder en los sujetos infractores (entonces dotarse de validez), no puede potenciar un significante social relativo al castigo, sino a las oportunidades y reinserciones. No obstante, estos conceptos traen consigo contradicciones simbólicas y fácticas. Reinsertar, resocializar, son nociones que permitirían intuir que alguna vez el sujeto infractor estuvo insertado o socializado y, por lo tanto, el SJAR no haría más que re-poner esa ausencia o suspensión de la ruta sistémica por la cual alguna vez los niños y jóvenes marginales habrían transitado. La intención del biocontrol es precisamente esta, es decir, consolidar un imaginario en donde las posibilidades de “*estar dentro de la ley*” existieron pero se perdieron en la aventura social de la marginalidad. El SJAR entonces, se dispone como un agenciamiento sobre el espacio de posibilidad relacionado con “*volver a encarrilarse*”. Algo así como la parábola del hijo pródigo: perderse para encontrarse.

El poder y la libertad, dos principios que parecen tan antagónicos y tensionados en la tradición de pensamiento occidental, se fusionan en la biopolítica. No funcionan a nivel paralelo sino que simbiótico, se imbrican mutuamente, posibilitando una variada gama de cápsulas tecnológicas destinadas a calcular y gestionar la vida de los sujetos. El SJAR se consolida como una política pública que encuentra en la vulnerabilidad su dominio y jurisdicción. La máquina de moler carne entonces, comienza a procesar administrándose como una agencia de posibilidades redentoras; se ofrece como una oportunidad para abandonar la miseria y retornar a la promesa mesiánica del contrato social. El sujeto opta por una de estas alternativas y entonces comienza su propia resistencia. Esto es quizás lo más inquietante de la propuesta foucaultiana, se resiste no sólo desde fuera sino desde dentro, aunque todo este circuito desemboque e inyecte legitimidad al poder en esta perspectiva.

IV

Se ha querido terminar este artículo, buscando en uno de los últimos trabajos de Foucault orientaciones para profundizar en las nociones de libertad, creación y resistencia.

De esta forma, se ha acudido a *La hermenéutica del sujeto*, texto que revela en Foucault una confesión teórica y existencial relevante para comprender la obra del filósofo francés: “*No es entonces el poder, sino el sujeto, lo que constituye el tema general de mis búsquedas*” (Foucault, 2001). Entonces, Foucault entiende que el poder es un efecto del sujeto, es él quien genera las voluntades y

estrategias para que el poder en cuanto tal pueda establecerse. No hay poder sin sujeto y, por lo tanto, se hace posible resistir dentro de las relaciones estratégicas dadas por la diada sujeto-poder. En esta línea, el autor sostendrá que la búsqueda del sujeto por encontrar la verdad –que le es negada a propósito del sistema impuesto por el poder y sus formas– deriva en un espacio de reproductibilidad para la resistencia: “*Denominaremos por tanto la espiritualidad al conjunto de estas búsquedas, prácticas y experiencias, entre las cuales se encuentran las purificaciones, la ascesis, las renunciaciones, las conversiones de la mirada, las modificaciones de la existencia que constituyen, no para el conocimiento sino para el sujeto, para el ser mismo del sujeto, el precio a pagar para tener acceso a la libertad*” (Foucault, 1981-1982). El SJAR se propondría como un trazado relativo a las trayectorias vitales que ofrece, en su misma ruta, potenciales resistencias y creaciones al despliegue del biopoder. Lo que nos interesa aquí para cerrar, no es solamente la resistencia creativa de la carne pobre que legitima la máquina, sino también la de los actores configurativos del nuevo sistema de enjuiciamiento criminal de menores.

Ha sido posible identificar en el transcurso de la investigación *La reforma del sistema de justicia juvenil desde la perspectiva de sus actores Institucionales* (Hoecker, 2009), una serie de variables discursivas que apuntan a desestabilizar y resistir la lógica biopolítica de el SJAR propiamente tal, en el entendido que se deslizan fugas y se desmontan algunos principios que operarían orgánica y sistémicamente dentro del dispositivo. En esta dirección, se cree posible un tipo de agenciamiento por parte de los jueces, fiscales, defensores, etc., que derive en una creativa resistencia a la máquina de moler carne. Como actores con funciones dentro del sistema y, además, con cargos de poder en su interior, se considera que las disidencias respecto de la naturaleza del sistema adolescente, así como de algunos principios y de la lógica de ocultamiento, pueden significar mejoras sustantivas al sistema. La resistencia para ser tal debe ser creativa y moverse en orden de la sub-versión del relato biopolítico. Es necesario aumentar la libertad, la movilidad y la reversibilidad de los juegos de poder, pues son ellas las condiciones de la resistencia y de la creación.

Sin embargo, y siendo pesimista, la máquina de moler carne parece no detenerse y haber encontrado en los jóvenes pobres la piedra angular que posibilitará su reproductibilidad. Todo esto es más inquietante en Chile, toda vez que se hace casi inminente la instalación en el poder de una derecha que no puede ocultar su acervo conservador, del cual se desprende, con moderación democrática, cierta tendencia a la higiene social. No obstante, el poder siempre es resistible, dirá Foucault, al igual que una ética de la disidencia.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. *Qué es un dispositivo*. Ed. Nottetempo. Roma, 2006.
- Foucault, M. *Dos ensayos sobre el sujeto y el poder. En Dits et Écrits*. Ed. Quarto-Gallimard. París, 2001. Tomos III y IV.
- Foucault, M. *Dos ensayos sobre el sujeto y el poder. En Dits et Écrits*. Ed. Quarto-Gallimard. París, 2001. Tomos III y IV.
- Foucault, M. *El nacimiento de la biopolítica*. Ed. FCE. Buenos Aires, 2007.
- Foucault, M. *La gubernamentalité. En Dits et Écrits*. Ed. Gallimard. París, 1994. Tomo III.
- Foucault, M. *La hermenéutica del sujeto*. Ed. Akal. Buenos Aires, 2001.
- Foucault, M. *La historia de la locura en la época clásica*. Ed. FCE. Buenos Aires, 2006.
- Habermas, J. *El discurso filosófico de la modernidad*. Ed. Katz. Argentina, 2008.
- Hoecker, L. *La reforma del sistema de justicia juvenil desde la perspectiva de sus actores Institucionales (Investigación)*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago de Chile, 2009.
- Lazzarato, M. *Del biopoder a la biopolítica*. Revista multitudes n°1. París, 2000.
- Lazzarato, M. *Bipolítica. Estrategias de gestión y agenciamientos de creación*. Ed. Sé cauto. Bogotá, 2006.